



www.loqueleo.com

Rebeldes

Título original: *The Outsiders*

© Del texto: 1967, Susan E. Hinton

© De la traducción: 1985, Miguel Martínez-Lage

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-5403-01-7

Impreso en Colombia por Editorial Delfín S.A.S.

Primera edición en Colombia: mayo de 2007

Primera edición en Loqueleo Colombia: diciembre de 2016

Tercera reimpresión en Loqueleo Colombia: enero de 2018

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.



SUSAN E. HINTON

loqueleg

Cuando salí a la brillante luz del sol desde la oscuridad del cine tenía solo dos cosas en la cabeza: Paul Newman y volver a casa. Deseaba parecerme a Paul Newman —él tiene pinta de duro y yo no—, aunque imagino que mi propio aspecto no es demasiado desastroso. Tengo el pelo castaño claro, casi rojo, y ojos gris verdoso. Ojalá fueran más grises, pues me caen mal los tipos de ojos verdes, pero debo contentarme con los que tengo. Tengo el pelo más largo que muchos otros chicos, recto por atrás y largo en la frente y por los lados, pero soy un *greaser*, y por el barrio casi nadie se toma la molestia de cortarse el pelo. Además, me queda mejor el pelo largo.

Me quedaba un largo trayecto hasta casa e iba sin compañía, pero por lo general suelo hacerlo solo, no por nada sino porque las películas me gusta verlas sin que me molesten, para poder meterme en ellas y vivirlas con los actores. Cuando voy con alguien a cine me resulta un poco incómodo, igual que cuando alguien lee un libro por encima de tu hombro. En eso soy diferente. Es decir, mi hermano mayor, Soda, que tiene dieciséis años y va a cumplir diecisiete, no

abre un libro en su vida, y el mayor de los tres, Darrel, al que llamamos Darry, trabaja demasiado y demasiado duro como para interesarse por una historia o ponerse a hacer un dibujo, así que no soy como ellos, y en la pandilla a ninguno le gustan los libros y las películas de igual manera que a mí. Por un tiempo pensé que era la única persona del mundo a quien le gustaban. Así que me iba solo.

8

Soda por lo menos procura entender, lo cual es más de lo que hace Darry. Pero es que Soda es distinto de todos; lo entiende todo, o casi. Por ejemplo, nunca me regaña, como lo hace Darry a todas horas, ni me trata como si tuviera seis años en vez de catorce. Quiero a Soda más de lo que nunca he querido a nadie, papá y mamá incluidos. Siempre está encantado de la vida y no para de sonreír, mientras que Darry es seco y severo y casi nunca sonrío. Claro que Darry, a los veinte años, ya ha pasado por casi todo, ha crecido muy rápido. Sodapop no crecerá nunca. No sé qué es mejor. Me enteraré un día de estos.

En cualquier caso, seguí caminando hacia casa, pensando en la peli y con unas repentinas ganas de tener compañía. Los *greasers* no podemos ir caminando por ahí mucho tiempo sin que nos molesten, o sin que alguien se acerque y suelte un “¡greaser!”, lo cual tampoco es para quedarse tan tranquilo. Los que nos asaltan son los *socs*. No estoy muy seguro de cómo se deletrea, pero es la abreviatura de *socials*, la clase alta, los niños ricos del West Side. Es igual que la palabra *greaser*, la que se usa para clasificarnos a los chicos del East Side.

Somos más pobres que los *socs* y que la clase media. Seguramente también somos más bestias. No al estilo de los

socs, que andan por ahí asaltando *greasers* y destrozando casas a patadas con botellas de cerveza, y que les dedican un artículo en el periódico por ser una vergüenza pública un buen día y una deuda de la sociedad al día siguiente. Los *greasers* somos un poco como los *hoods*; robamos cosas y manejamos viejos carros alterados y atracamos gasolineras y armamos una pelea entre pandillas de cuando en cuando. No es que yo haga cosas así. Darry me mataría si me metiera en líos con las autoridades. Desde que mamá y papá murieron en un accidente de carro, nosotros tres hemos aprendido a estar unidos comportándonos debidamente. Así que Soda y yo nos mantenemos apartados de los problemas todo lo posible, y cuando no es posible, tenemos mucho cuidado de que no nos pille en medio. Quiero decir que muchos *greasers* hacen cosas de esas, igual que nosotros tenemos el pelo largo y usamos *jeans* y camisetas, o nos dejamos por fuera las camisas y nos ponemos chaquetas de cuero y tenis o botas. No pretendo decir que los *socs* o los *greasers* sean unos mejores que otros, qué va; simplemente, así son las cosas.

9

Podría haber esperado para ir a cine a que Darry o Sodapop salieran del trabajo. Habrían venido conmigo, o me habrían llevado en carro, o hubiéramos venido caminando aunque Soda no puede estarse quieto y sentado el tiempo necesario para disfrutar de una película, y a Darry el cine lo mata de aburrimiento. Darry opina que ya tiene bastante con su vida sin husmear en la de otras personas. O si no, podría haberme traído a uno de la pandilla, uno de los cuatro chicos con los que Darry, Soda y yo hemos crecido juntos

y a los que consideramos familia. Somos casi tan unidos como hermanos; cuando creces en un barrio tan cerrado como el nuestro, terminas por conocer a los otros verdaderamente bien. De haberseme ocurrido, habría llamado a Darry, que habría venido a recogerme, o si no Two-Bit Matthew —uno de la pandilla— me habría llevado en su carro si me hubiera acordado de pedírselo, pero es que a veces no uso la cabeza. Mi hermano Darry se pone enfermo cada vez que hago cosas así, pues por algo se supone que soy un chico listo; paso los cursos con buenas notas y tengo un coeficiente intelectual elevado y todo eso, pero no uso la cabeza. Además, me gusta caminar.

Estaba a punto de decidir que tampoco me gustaba tanto cuando vi aquel Corvair rojo que me seguía los pasos. Estaba casi a dos cuadras de casa, así que empecé a caminar un poco más rápido. Nunca me habían asaltado, pero vi a Johnny después de que cuatro *socs* lo cogieran desprevenido y, la verdad, no quedó nada bien que digamos. Después de aquello a Johnny le daba miedo hasta su sombra. Johnny tenía dieciséis años.

Supe que no serviría de nada —caminar rápido, quiero decir— antes incluso de que el Corvair parara a mi lado y bajaran de él cinco *socs*. Me asusté bastante —soy más bien pequeño para tener catorce años, aunque tengo buena complexión, y aquellos tipos eran mucho más grandes que yo—. Automáticamente metí los pulgares en los bolsillos y me alejé cabizbajo, preguntándome si me sería posible salir de aquella si al menos intentaba escabullirme. Me acordé de Johnny —de su cara toda cortada y magullada, y

me acordé de cómo lloró cuando lo encontramos, medio inconsciente, en un rincón de un solar—. En su casa, Johnny se hacía el valiente; costaba mucho trabajo hacerlo llorar.

Estaba sudando ferozmente, aunque tenía frío. Sentí cómo se me humedecían las palmas de las manos y cómo me chorreaba la transpiración por la espalda. Así es como me pongo cuando me asusto de verdad. Miré alrededor en busca de una botella o una estaca o algo —Steve Randle, el mejor amigo de Soda, una vez mantuvo a raya a cuatro tipos usando una botella rota—, pero no había nada. Así que me quedé donde estaba, quieto como un clavo, mientras me rodeaban. No uso la cabeza. Caminaron a mi alrededor lentamente, silenciosamente, sonriendo.

11

—¡Oye!, *greaser* —dijo uno con voz excesivamente amistosa—. Te vamos a hacer un favor, *greaser*. Te vamos a cortar todo ese pelo grasiento.

Llevaba una camisa de algodón fino. Todavía la veo. Azul. Uno de ellos se rio, luego me maldijo en voz baja. No se me ocurría nada que decir. Simplemente, no hay muchas cosas que decir mientras esperas que te peguen, así que cerré la boca.

—¿No te hace falta un corte de pelo, *greaser*? —el rubio de mediana estatura sacó una navaja y la abrió con un golpe seco.

Finalmente se me ocurrió decir algo.

—No.

Retrocedí, alejándome de la navaja. Claro está que retrocedí hasta caer justo encima de uno. Me derribaron en un segundo. Me agarraron los brazos y las piernas y uno

se me sentó encima del pecho, con las rodillas sobre mis codos, y si te parece que eso no duele es que eres idiota. Olía a loción de afeitar English Leather y a tabaco rancio, y me pregunté con cierta estupidez si no me asfixiaría antes de que hicieran algo. Estaba tan asustado que casi deseaba asfixiarme. Luché por soltarme, y durante un segundo estuve a punto; luego apretaron más y el que tenía encima me dio un par de cachetadas. Así que me quedé quieto, insul-tándolos entre jadeos. Tenía un cuchillo sobre la garganta.

12

—¿Entonces prefieres que el corte de pelo empiece justo debajo de la barbilla?

Me dio la impresión de que eran capaces de matarme. Me volví loco. Empecé a chillar, a llamar a Soda, a Darry, a cualquiera. Alguno me tapó la boca con la mano y lo mordí con todas mis fuerzas; noté el sabor de la sangre, que me corría por entre los dientes. Oí mascullar una grosería y me llevé otro par de golpes; luego me metieron un pañuelo en la boca.

—Que se calle, por lo que más quieras, haz que se calle —repetía uno.

Luego se oyeron gritos y pisadas, y los *socs* se largaron y me dejaron allí tendido, jadeando. Allí me quedé, preguntándome qué diablos ocurría: la gente iba y venía, pasaban a empujones a mi lado; estaba demasiado aturdido para enterarme. Luego alguien me levantó de las axilas y procuró mantenerme en pie. Era Darry.

—¿Estás bien, Ponyboy?

Me zarandeaba; ojalá se esté quieto, pensé. Ya estaba bastante mareado. Pese a todo, supe que era Darry, en parte por la voz y en parte porque Darry siempre es un poco brusco conmigo, aun sin querer.